LOS POETAS

JOSÉ ZORRILLA

SUS MEJORES VERSOS

PRÓLOGO DE
NARCISO ALONSO CORTÉS

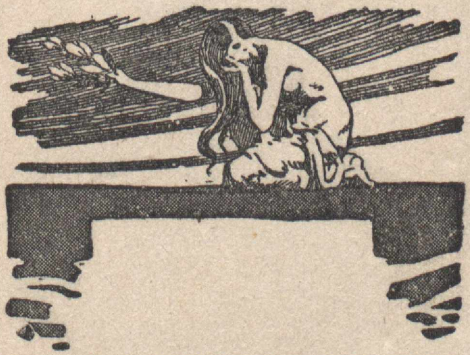
Allí del galán Tenorio,
la deslumbrada pupila
desmenuzando vacila
tanta opulencia oriental.

ZORRILLA

$0.60

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

LOS POETAS



8 marzo 1930

Año III.—Número 83

Tel. 1382172 CB. 72126777

Retrato de **José Zorrilla** que se supone de la época en que escribió las leyendas que se publican en este número de "Los Poetas"

LOS POETAS

José Zorrilla

SUS MEJORES VERSOS

Leyendas

—

PRÓLOGO DE

Narciso Alonso Cortés

—

PORTADA

E ILUSTRACIONES DE

Izquierdo Durán

—

Administración:

Valverde, 44, entlo. Izqda.

MADRID

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

«GRÁFICA UNIÓN»
ESPRONCEDA, 11
TELÉFONO 35.303

R. 177104

PROLOGO

Cuando Zorrilla, percatado de que el gusto popular mostraba evidente predilección por el género, dedicó su particular actividad literaria, allá en sus primeros años de poeta, al cultivo de la leyenda, hubo de buscar, naturalmente, fuentes donde recoger asunto para sus obras, y a tales fines aprovechó cuantos datos, materiales o temas adecuados cayeron en su mano. Unas veces se limitaba a dar forma poética a los asuntos, sin introducir variaciones de monta; otras veces, por el contrario, utilizaba solamente un episodio fundamental y añadía de su cosecha pormenores o circunstancias que aumentaran el interés del relato. La cuestión era suministrar al público crecido número de aquellas narraciones que, por añeja tradición, tan firme arraigo tenían en la conciencia española.

Se explica, pues, que fijase su atención en la interesante historia poética del conde castellano Sancho García, consignada en su predilecto libro "David perseguido", de don Cristóbal Lozano. Los condes de Castilla dejaron tras de sí una estela de tragedia, que se esparció por todos los antiguos cantones históricos. Aquella doña Sancha, Mionia u Oña, que llevaba en sus venas la maldad, como heredada de su madre Argentina, dió a muchos narradores y poetas materia para un pavoroso relato; y si Zorrilla sacó de la historia de Argentina una leyenda y una tragedia, ambas admirables, una tragedia y una leyenda fraguó también con la historia de Oña. La leyenda fué El montero de Espinosa.

No es éste lugar a propósito para estudiar los orígenes de esta leyenda de Zorrilla. Baste decir que nuestro poeta se limitó a poner en verso varias páginas de Lozano, con sólo cambiar el nombre de la protagonista en "doña Blanca". Dice Zorrilla que al tratar este asunto tuvo presente la tragedia La condesa de Castilla, *de Cienfuegos; pero no hay nada que así lo demuestre. Tampoco conoció el* Don Sancho García, *de Cadalso. Fácil sería comprobarlo haciendo una comparación entre estas tragedias y* El montero de Espinosa. *Menos aún llegaron a su noticia los textos antiguos donde estaba contenida la tradición, a partir de D. Rodrigo Jiménez de Roda.*

¿Y para qué lo necesitaba Zorrilla? El no trataba de recoger la documentación que diese a sus poemas, si no un carácter de verdad histórica que casi siempre faltaba en la tradición misma, a lo menos cierta apariencia de autenticidad. Su propósito era tan sólo, como si dijéramos, "contar un cuento", y contarle en la forma que más amena pareciese al oyente. Imaginó los rasgos que más cuadraban a la leyenda romántica y a los gustos de la época, y con eso tuvo bastante. No dejó de añadir, aunque en pequeñas dosis, un condimento que entonces se tenía también por sabroso, y era el de las divagaciones humorísticas que tenían su origen en Byron y en Musset, y que tan importante papel desempeñaba en El Diablo Mundo, *de Espronceda, en* María, *de Miguel de los Santos Alvarez, y en otros poemas de la época.*

Casi a la vez que publicó su leyenda El montero de Espinosa, *estreno Zorrilla en el teatro de la Cruz* (29 *noviembre* 1842), *su tragedia* Sancho García, *basada en el mismo asunto, pero con notables variantes. Es ésta, no obstante su poca fama, una de las más bellas obras dramáticas del poeta vallisoletano.*

* * *

El hagiógrafo belga Tomás de Catimpré, en su obra Bonum universale de apibus, *capítulo XX, insertó un ejemplo sobre la amistad, que pasó luego a otros libros, entre ellos el* David perseguido, *y que Zorrilla trasladó punto por punto a su leyenda* Dos hombres generosos.

Es, pues, uno de tantos como figuraban en ejemplarios, mariales y demás libros dedicados a la moralización. Zorrilla dice que es un cuento

en Castilla aprendido,
a manera contado de Castilla;

pero lo supone así porque gustaba de asignar a sus poemas procedencia popular. Su origen no ofrece duda ninguna. Es el ya citado.

Interesante y apacible es, en verdad, la leyenda. Zorrilla sabía dar a estos relatos toda la candidez con que aparecían en aquellos libros morales, dedicados principalmente a la lectura de damas pías y de ciudadanos sencillos. Es el enamorado de las cosas viejas, de las historias misteriosas y propias a suspender el ánimo, que en verso, porque no puede sustraerse a su medio natural de expresión, dice lo que otros dirían en prosa. Lo que antes había servido en el hogar rústico o en el caserón de la ciudad vetusta para edificar, mediante lecturas paternas, a la disciplinada prole, que escuchaba atenta las amonestaciones del Desiderio y Electo *y de otros libros análogos, ahora, convertido en poema, distraía agradablemente a la generación que se había educado en las exaltaciones románticas. No en vano pudo decir Zorrilla:*

Yo hago una historia de una patraña
que oigo a la ciega superstición.

* * *

En 1842, *cuando Zorrilla publicó estas leyendas, estaba en el apogeo de su fama. Había ya estrenado* El zapatero y el Rey *y dado a la estampa los* Cantos del Trovador. *Su actividad era incansable. Al siguiente año,* 1843, *había de estrenar seis dramas y escribir numerosas poesías. Le rodeaban los honores oficiales y, en suma, nada tenía ya que conseguir para la total sanción de sus méritos.*

Su principal labor "romántica" estaba ya realizada. Lo que luego había de hacer, durante largos años, sería ampliación de cualidades y tecnicismos ya iniciados, fijación de una personalidad que estaba ya perfectamente delineada.

Una cosa dañaba entonces a Zorrilla en su producción: la excesiva fecundidad. Apremios de la vida, deseos de mantener el prestigio a que su talento le había llevado, obligábanle a escribir mucho más de lo conveniente. Los defectos que se encuentren en las leyendas Un montero de Espinosa *y* Dos hombres generosos, *como en todas las demás producciones de esta época, obedecen a esa única causa. Con todo eso, las obras de estos años, según queda dicho, concretan más que otra alguna el lugar que corresponde a Zorrilla en la poesía del siglo* XIX.

Narciso Alonso Cortés

INTRODUCCIÓN

Envidiable es a fe don Luis Tenorio,
su riqueza envidiable y su fortuna:
en Cádiz vive del comercio emporio,
y oro sobre oro comerciando aduna.
Joven, valiente y de encumbrado origen,
no es como otros mancebos altaneros,
que solamente su ambición dirigen
su orgullo a alimentar de caballeros.
Y en banquetes y amores
consumen su salud y sus dineros;
y con mengua y baldón de sus mayores
mueren entre rufianes y acreedores.
No, ¡vive Dios! Don Luis lleva una espada
en el cinto prendida,
y aunque de sangre alguna vez teñida,
con infame traición nunca manchada
siempre con honra la llevó ceñida.
Cortés, galán y afable,
pronto a satisfacer, jamás esconde
su faz al lidiador más formidable,
si una ofensa vengar le corresponde.
Pero calculador como valiente,
noble viéndose ya por nacimiento
que era mejor imaginó prudente

no alcanzado morir, sino opulento.
Dióse al comercio, pues, y la fortuna
tan próspera le fué, tan halagüeña,
que no hay empresa alguna
en que no doble el capital que empeña.
No tiene un buque que a la mar botado
no torne al puerto de botín cargado;
ni hay cambiante en Europa ni banquero
que no admita su firma por dinero.
Ni playa oculta, ni nación remota
donde suya no aporte alguna vela,
y no le traiga de su tierra ignota
prenda de gran valor en joya o tela.
Londres, Génova, El Cairo, Alejandría,
Venecia... el mundo entero
recorren sus pilotos cada día,
y siempre afortunados en sus viajes
ni sufren de corsarios abordajes,
ni fiero temporal les descarría.
Mira Tenorio en su fortuna inmensa
de su excesivo afán la recompensa;
mas cuanto rico y noble generoso
cual comerciante avaro u envidioso
no calcula ni piensa.
Y no hay en la ciudad triste o mendigo
que a sus puertas acuda inútilmente,
ni tiene un solo amigo
que con su bolsa en la ocasión no cuente.
Y si un colega el capital expone
y la fortuna ruin se lo devora,
la amistad de don Luis se lo repone
sin desear su mano bienhechora
del que el favor recibe más usura
que gratitud... y próspera ventura.
Tal es, lector, el hombre
de quien hablarte quiero,
y cuya historia espero
que te suspenda el ánimo y te asombre.
No hay en ella magníficas escenas
de combates, y muertes, y sucesos
estrepitosos llenas,

ni por objeto mi leyenda tiene
la fortuna y el bien de un grande imperio;
la reacción que dicen que conviene
sufra la sociedad; esto es muy serio,
y no me siento yo con tanta fuerza
para que el siglo ante mi voz se tuerza
y varíe de faz nuestro hemisferio.
No es para mí tan colosal hazaña:
la sociedad quien pueda regenere,
yo cantaré después cuando muriere
la suerte que su afán diere a la España.
Mas es un cuento asaz entretenido
con puntas de moral, sana y sencilla,
en Castilla aprendido,
a manera contado de Castilla.
Eso sí, miserable y reducido,
obra infeliz, sin pretensión alguna,
que sale encomendada a su fortuna,
Cuento no más, sin humos de *poema,*
que ese es lector mi intento
y no va más allá mi pensamiento:
divertirte y no más es mi sistema.

D. LUIS. ¿Cómo tan pronto la vuelta?
Explicaos, capitán.
EL CAP. Cosas que os pasmarán
D. LUIS. Dad, pues, a la lengua suelta.
EL CAP. Es, pues, el caso, señor,
que acerté en Alejandría
a entrar con el mejor día,
y con el sino mejor.
Fuime derecho al mercado,
mas no bien puse allí el pie,
¿con quién diréis que topé?:
con el mercader pasado.
Asióme con mil extremos,
y a fuerza o de voluntad
metióme por la ciudad:
"venid—dijo—y hablaremos".
"El calor es excesivo,

capitán, y mientras pasa
descansaréis en mi casa,
donde veréis que os recibo
con cuanto agasajo puedo."
Yo respondí: "Y vos, señor,
veréis a tan alto honor
cuán agradecido os quedo.
Entramos, pues, en su casa,
¡mas válgame Jesucristo!,
en mi vida había yo visto
opulencia tan sin tasa.
Qué tapices y qué alfombras!,
¡qué joyas de tanto precio!
Quedéme, en fin, como un necio
la vista haciéndome sombras.
Llevóme a sus almacenes,
y ved cuál me quedaría
cuando oí que me decía:
"Cristiano, de cuanto tienes
a tus ojos manifiesto
elige, y no me andes parco:
aquí has de cargar tu barco,
que así lo tengo dispuesto.
—Señor, imposible.
—No;
cuanto digas será en vano,
no ha de ser nunca un cristiano
más generoso que yo.
A tu amo, por simpatía,
en tiempo ya muy remoto,
enviéle con un piloto
un corto regalo un día.
Hice yo esto nada más
de su esplendidez prendado,
y sin pensar de contado
que se mentara jamás.
Pero en el año siguiente
él con tu barco me envió
un doble de lo que yo;
admitílo cortésmente,
porque en verdad no creyera

que intentaba desairarle,
mas ganoso de pagarle
cuando ocasión me viniera.
Escusándola él quizá,
no envió más su barco aquí,
mas hoy te sorprendo a ti
y has de escoger ¡juro a Alá!
Lo que te plazca mejor
para volverte al momento,
sin llevar más cargamento
que un presente a tu señor.

D. LUIS. Y vos, capitán... ¿Qué hicisteis?

EL CAP. El partido no era malo
y cargué con el regalo.

D. LUIS. ¡Voto a San Gil!, ¿lo admitisteis„

EL CAP. Por supuesto: aunque en verdad
imposible era excusarlo,
porque él mismo hizo cargarlo
y me echó de la ciudad.

D. LUIS. Por Dios, capitán Gonzalo,
que quien sois a no mirar
os arrojara a la mar
con el barco y el regalo.
Cristiano y español siendo
sin mirar a mi decoro
¿os dejáis ganar de un moro
en bizarría?

EL CAP. Yo entiendo
señor don Luis, que si veis
las joyas por vuestros ojos,
calmaréis vuestros enojos
y más justicia me haréis.
¿Qué diablos perdéis en ello?,
vos cumplisteis como noble,
y él, volviéndoos un bien doble
no os echa un cordel al cuello.
Y, además, si el moro...

D. LUIS. No,
cuanto me digáis es vano:
no ha de ser nunca un pagano
más generoso que yo.

¡Esto, por Dios, me faltaba!,
y de este modo diciendo,
don Luis la vista frunciendo
por el cuarto se paseaba.
Y don Gonzalo que vió
su negocio tan mal puesto,
salió del cuarto, y muy presto
con el presente volvió.
Y sin otras precauciones
para salir de su empeño
a los ojos de su dueño
empezó a abrir sus cajones.
Lanzó con gran desenfado
sin más mirar por el suelo
los rollos de terciopelo,
y las piezas de brocado.
Coronó de pedrería
un inmenso velador,
y mostró todo el valor
de lo que a don Luis traía.
Desenvolvió diligente
los en cajas y redomas
empaquetados aromas
exquisitos del Oriente.
Y don Luis, que aunque disgusto
y enojo además presume
tan delicioso perfume
no pudo aspirar adusto.
Tendió los ojos en pos
del olfato, y de su afán
saliendo el buen capitán
exclamó: ¡Gracias a Dios,
Señor, que al fin de mi viaje
a ver las cuentas venís!
¿Qué tal, mi señor don Luis,
qué os parece mi equipaje?
Aunque rédito mezquino
de vuestro enorme caudal,
no es tan pobre capital
para un capitán marino!
Mostró en sus labios don Luis

una sonrisa agradable,
y al capitán dijo afable
bien prevenido venís.
Pero si yo, don Gonzalo,
a vuestro tesoro atento,
decid, ¿quedaréis contento
con la mitad del regalo?

EL CAP. Vuestro es cuanto yo poseo
y mi deseo es serviros.

D. LUIS. Huélgome, pues, de admitiros
la mitad de ese deseo;
podéis, capitán, tomar
lo que os guste, y no andéis parco;
mas preparad vuestro barco
para hacernos a la mar.

EL CAP. ¿A la mar?

D. LUIS. Sí, don Gonzalo,
voy a prontar un tesoro
para pagar a ese moro
por mí mismo su regalo.

EL CAP. ¿Señor, estáis loco?

D. LUIS. No,
cuanto digáis será en vano,
no ha de ser nunca un pagano
más generoso que yo.

Casi un año después, al occidente
del faro colosal de Alejandría,
un buque de la España procedente
anclas echaba y velas recogía.
Vistosas banderolas
adornaban sus altos masteleros,
y las movibles olas
reflejaban las armas españolas,
que izaban los gallardos marineros.
Y dos hombres de pie sobre la popa
del moribundo sol a los reflejos,
contemplaban callados a lo lejos
aquel puerto famoso,
del cual como de sueño vagoroso

se habla tal vez en la lejana Europa.
Y uno de ellos acaso
rico de hacienda y de instrucción no escaso,
traía a su memoria
de aquella poderosa Alejandría
la magnífica historia
que escrita en libros aprendió algún día.
Y vagaban sus ojos,
y buscaban en vano sus deseos
los confusos despojos
del soberbio palacio
que elevaron allí los Tolomeos:
buscaban el espacio
que ocupó el Hipódromo,
y el Timonio y las célebres Agujas
de la bella amorosa Cleopatra,
y cien otros antiguos monumentos
transformados o rotos a las manos
del tiempo y de los árabes sangrientos.
Y en memorias tan mágicas su mente,
y en tan bellos recuerdos abismada
no via una barquilla que lanzada
surca hacia ellos la mar rápidamente.
Una lancha ligera
para una fiesta apercibida era:
y al estilo de oriente engalanado
venía en ella un grave personaje
por remeros esclavos remolcado,
de súbditos humildes circundado,
que servil le rendían homenaje.
Y ya a distancia corta
llegar del buque anclado
la gran tripulación miraba absorta,
cuando al hombre en memorias abismado
que en la popa seguía distraído
llegóse el capitán alborozado
con rapidez diciéndole al oído:
Don Luis, el mercader.

—¿Qué es, don Gonzalo?

—Que ese bote que viene hacia nosotros
os trae al mercader que hizo el regalo.

—Ved qué habláis, capitán.
—Don Luis, lo dicho:
ese es el mercader.
—Mas la noticia
de mi venida...
—Su atención es mucha,
y mucha su malicia.
Seguro estoy, don Luis, que no ha pasado
un día en que en la playa
no haya diestro vigías apostado
para vernos venir.
—¿Creeislo?
—¡Vaya!
Pero vedle que llega:
lo mismo que es su porte majestuoso
su corazón es noble y generoso.
Y aquí la voz el capitán alzando
mandó tender la escala, y tal empeño
y tal estimación viendo su dueño,
con sonrisa amorosa y rostro blando
los brazos tendió al árabe, que en ellos
los suyos enlazando,
con emoción oculta sollozando
los rizos le besó de sus cabellos.
Y con muestras de amor nada postizo,
títulos cariñosos prodigóle
en español purísimo y castizo,
y de aquesta manera al fin hablóle:
—Generoso español, ya me temía
que tu gallarda y singular nobleza
a este punto por fin te arrastraría.
Sí, siempre con certeza te esperaba
y a recibirte apercibido estaba,
y aposento en mi casa te tenía.
Ven, y ya que servirte
allí me ofrece mi dichosa estrella,
noble hospitalidad verás en ella.
Ven a mi casa, amigo,
y que tu gente toda
venga si quieres a la par contigo.
Así el árabe, dijo: y respondiendo

cortésmente don Luis a sus razones
pasó a su lancha a su amistad cediendo:
que el capitán llevase disponiendo
su equipaje tras él; y los arcones,
en que sabía el capitán Gonzalo
que llevaba las tornas del regalo.

Lector, si acaso has leído
en mis viejas poesías
las que he puesto yo en olvido
orientales fantasías
Y si aún te acuerdas de aquellas
historias peninsulares,
que son en verdad tan bellas
como pobres mis cantares:
De aquel palacio en Granada
con jardines y con flores,
do hay una fuente dorada
con más de cien surtidores;
Si aún te acuerdas de aquel moro
cuyo parque y señorío
coge, de encantos tesoro,
toda la orilla de un río;
Donde la altiva palmera
y el encendido granado
junto a la frondosa higuera
cubren el valle y collado:
Donde el robusto nogal,
donde el nópalo amarillo,
donde el sombrío moral
crecen al pie de un castillo;
Y hay olmos en su alameda

que hasta el cielo se levantan,
y en redes de plata y seda
pájaros presos que cantan;
Aquel moro que promete
con altivez mahometana
en su oculto gabinete
dar a una esquiva cristiana,
Riquísimos terciopelos
y perfumes orientales,
de Grecia cautiva velos
y de Cachemira chales;
Blancas y sutiles plumas
para que adorne su frente,
más blancas que las espumas
que alzan los mares de oriente:
Y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello,
para los labios amor.
Si aún, lector, no has olvidado
las canciones que algún día
en honra y prez he entonado,
del bello tiempo pasado,
glorioso a la patria mía:
Del tiempo de aquel Boabdil
que lloró sobre el Jenil
sin amparo que le acorra,
como una cobarde zorra
entrampada en un redil;
De las torres orientales
que levantando insolentes
sus agujas desiguales,
mecen las auras corrientes
en trémulas espirales:
y las cifras misteriosas
que cual labor sin objeto
de esas cuadras ostentosas,
de crónicas amorosas
guardan el dulce secreto:
Y los anchos sicomoros,
y los arroyos sonoros

que llevan marcas y nombres,
que no entendemos los hombres
y que comprenden los moros;
y las hondas galerías
que se esparraman sombrías
del palacio en el recinto,
en faz de intrincadas vías
de confuso laberinto;
y los mágicos retretes,
y los frescos gabinetes
do la sultana adormida
pasó gozando la vida
al vapor de los pebetes;
si de estos cantares míos
y de esta morisca historia
guardas idea o memoria,
¡oh, buen lector!, hasta hoy,
sólo una imagen mezquina
todo esto te representa
de la mansión opulenta
donde a conducirte voy.
Palabras no hay en mi lengua
ni fuerza en mi fantasía
de la hermosa Alejandría
y del rico mercader,
para contar sin agravio
de la ciudad, o del moro,
de éste el inmenso tesoro,
de aquélla el fausto y poder.
Esos fantásticos sueños
de imponderable riqueza,
de voluptuosa pereza
y de embriaguez oriental,
veíanse realizados
del árabe generoso,
en el palacio ostentoso
desde el magnífico umbral.
Y deslumbrados y atónitos
los ojos del Sevillano,
su mente aspirando en vano
tal riqueza a comprender:

Seguía absorto y hundido
en mágico arrobamiento,
por uno y otro aposento,
los pasos del mercader.
Los más preciosos tapices
doquier vestían los muros,
y los perfumes más puros
humeaban por doquier
Gozaba ansiosa la vista
los más brillantes colores,
el aura exhalaba olores
y henchía el alma el placer.
Condujo a don Luis el árabe
a un voluptuoso baño
que de agua llenaba un caño
destilada de azahar,
donde esclavas le sirvieron
refrescos en ricas copas,
y sutilísimas ropas
con que su cuerpo enjugar.
Con suave canto arrulláronle
de su ablución el sosiego,
y acompañáronle luego
a un oloroso jardín,
donde mostrando su huésped
cuánto agradarle desea,
previno, a usanza europea,
un opíparo festín.
Sirvieron profusamente
los más gustosos manjares,
con danzas y con cantares
acrecentando el placer:
y encomiándole lo mucho
que el de don Luis le interesa,
los honores de la mesa
le iba haciendo el mercader.
Mandó don Luis que trajesen
el presente que traía,
con que a devolver venía
al moro su antiguo don:
y éste de amistad sincera

llenos en llanto los ojos,
fué a recibirle de hinojos
con grande satisfacción.
Con amorosas palabras
elegantes y sentidas,
gracias le dió repetidas,
y su presente encomió.
Y así, encendiendo sus pipas
donde aromas aspiraban,
mientra un punto reposaban,
tal plática se entabló:

D. LUIS. Pues solos, buen moro, estamos
fuerza es que amigos hablemos.

EL ARABE. Solo serviros debemos;
hablad, pues, que os escuchamos.
Luz, ¡oh, cristiano!, y honor
verterá en mí vuestra boca:
de vos aprender me toca,
y héme ya atento, señor.

D. LUIS. Que me escuséis os suplico
ceremonias orientales:
Amigos somos, e iguales.

EL ARABE. Si os place así, no replico.

D. LUIS. Ahora bien; por mi presencia
nada ha de ostentarse aquí:
vivamos como sin mí,
suprimid tanta opulencia.
Quiéroos con sinceridad;
si me queréis con nobleza,
pienso que tanta largueza,
desfigura la verdad.
Derramar vuestro tesoro
por obsequiarme no es justo,
iréme, y con gran disgusto
si dais en prodigar oro.
Sé, que os servísteis mandar
regalar mucho a mi gente
y el vulgo asaz maldiciente
podrá de ello murmurar.

EL ARABE. Murmure cuanto quisiere;
mas pláceme antes de todo,

(porque amaros de este modo
no en mí extraño os pareciere).
Explicaros la razón
de esta amistad que os profeso.

D. LUIS. Ansioso estaba yo de eso.

EL ARABE. Pues estad con atención.
Aunque de Siria nacido
bajo el abrasado Sol,
mucho, ¡ay de mí!, de español
con la sangre he recibido.
Mi padre nació en la orilla
del cristalino Genil,
y lidió por Boabdil
con las huestes de Castilla.
Al fin sucumbió con él
y con su hacienda cargando
pasó al Africa, llorando
su enemiga suerte cruel.
Mas siempre con ella en guerra
siempre con él inconstante,
desventurado y errante
anduvo por mar y tierra.
Paró por último aquí,
dióse en el último tercio
de su existencia al comercio;
y en este tiempo nací.
Los españoles cantares
con que lloró su fortuna,
me arrullaron en la cuna
al compás de sus pesares.
De Granada y de su historia
las sentidas tradiciones
son las primeras lecciones,
y aprendí yo de memoria.
... ...
... ...

Y así pasaban sus días
en regalos y banquetes
prolongando sus orgías
hasta el matutino albor.

Mezclando el lujo de Oriente
con la ilustración de Europa,
su vida va viento en popa
por el golfo del amor.
Las esclavas más hermosas
escogidas en Circasia,
con todo el fuego que el Asia
enciende en su corazón.
Allí a don Luis encadenan
con sus gracias seductoras,
y allí se le van las horas,
y con ellas la razón.
En el deleite adormido
y en la molicie, no piensa
en una riqueza inmensa
que se disipa por él;
y olvídase que su huésped
por más que sea opulento
derrama el oro sin cuento
por festejar a un doncel.
Esclavo de su indolencia
de que resbala se olvida
tan torpemente su vida
de una en otra bacanal:
y que depuesto el decoro
de un caballero cristiano,
vive como un africano,
materialista inmoral.
Y mientras él goza alegre
de su presente ventura,
tal vez su gente murmura
supersticiosa además.
Y hasta el capitán Gonzalo
de su placer compañero,
con su silencio severo
se lo echa en cara quizás.
Don Luis advirtió, sin duda,
la boca de aquel abismo
y en cuentas consigo mismo
a solas al cabo entró.
Y una mañana bajando

del árabe al aposento
con irrevocable acento
su partida le anunció.
¿Tan pronto os vais?
—Es preciso.
Rápido el tiempo se me huye
y cada instante me arguye
las pesadumbres que os doy.
Mañana me hago a la vela,
mirad qué habéis de mandarme.
—¿Tan pronto queréis dejarme?
—Resuelto a partir estoy.
Súplicas, ayes, caricias
y especiosas reflexiones
fueron vanas tentaciones
para el alma de don Luis.
Y el mercader comprendiendo:
que su afán sería inútil,
díjole al fin desistiendo
sea pues como decís.
Mas vano es que de mi casa
salir su merced pretenda
sin llevar alguna prenda
que le recuerde mi amor.
Venid, español, conmigo,
venid a mis almacenes,
y escogeréis de mis bienes
lo que os parezca mejor.

D. LUIS. Para jamás olvidaros
me bastan vuestros favores,
que son las prendas mejores
de vuestro amor para mí.

EL MERC. Esas excusas efímeras
no tienen para mí peso.

D. LUIS. Buen moro desistid de eso
que no ha de ser.

EL MERC. Será, sí.
Sin una prenda elegida,
yo partir no he de dejaros:
la mano no he de soltaros
primero que la escojáis.

Venid.

D. LUIS. Os sigo a la fuerza
pues que me lleváis asido
mas a ello estoy decidido
e inútilmente porfiáis.

EL MERC. Ya tenéis ante los ojos
cuanta riqueza poseo,
ahora decidle al deseo
que pida y sin poquedad,
porque sin un don precioso
que no avergüence mi mano,
seguro estad, castellano,
que no os vais de la ciudad.

D. LUIS. Yo en permanecer en ella
por vos forzado consiento,
mas espiaré el momento
de partirme y la ocasión.
Y de vuestro amor entonces
no una amistad cariñosa,
sino gratitud forzosa
guardará mi corazón.
Si la amistad verdadera
la voluntad sólo quiere,
y la voluntad prefiere
al más preciado valor.
Vuestros dispendios me enojan
y si hemos de ser amigos,
los cielos me son testigos
que esa es mi prenda mejor.
Ni un hilo de este tesoro
que aquí me mostráis admito,
lo ya hecho es infinito
y el oro me sobra a mí.
Vuestros pasados regalos
son ya excesivos, y en ellos
he visto dones tan bellos
como los que veo aquí.
Y en fin de obrar libremente
os dejo absoluto dueño,
mas tan tenaz es mi empeño
que dél no me apartaréis.

EL MERC. Está bien, pues tal cuidado
os tomais por mi tesoro,
cosa os daré que con oro
adquirirla no podéis.
Y así el mercader diciendo
con paso acercóse grave,
a una puerta cuya llave
volviendo con rapidez,
mostró a la vista asombrada
del generoso cristiano,
un portento soberano
de lujo y esplendidez.
No sus sentidos gozaron
en otra ninguna estancia,
tan deliciosa fragancia
encanto tan seductor.
La luz del sol entoldaban
pabellones de colores,
y preciosísimas flores
mirábanse en derredor.
Allí en torno de los muros
veíanse blandos lechos,
de frescos tejidos hechos
convidando a reposar.
Allí se oía el murmullo
de una fuente azafranada,
que en una taza dorada
se vertía sin cesar.
Allí a su riego crecían
en ricos jarrones chinos,
los claveles purpurinos
que el Cairo tan sólo da.
Y el tulipán soberano
que Stambul adora y cría,
y la flor que a Alejandría
siempre el Asia envidiará.
Aquella rosa esponjada
cuya exquisito perfume
el aire jamás consume
ni le llega a evaporar,
por la cual diera una hermosa

de la nublada Inglaterra
cuanto mar cerca su tierra,
cuanto oro coge en su mar.
Allí brotaba en cada ángulo
de la magnífica estancia
llenando con su fragancia
toda el aura en derredor,
y los huertos más mezquinos
profusamente la abortan,
y las esclavas la cortan
para darla a su señor.
Allí del galán Tenorio,
la deslumbrada pupila
desmenuzando vacila
tanta opulencia oriental,
y el agua, la luz, las flores,
los naturales primores
compiten con los mayores
del oro, el jaspe y coral.
Aquellos lechos de plumas,
aquellos baños de plata,
la tornasolada y grata
claridad que reina allí.
Los muebles que allí se ostentan
y de quien ignora el uso,
a don Luis tiene confuso
sin saber lo que es de sí.
¿Qué son estos aposentos
do el lujo tal se atesora?
¿Qué santo espíritu mora
en ese abreviado edém?
Así don Luis se decía
contemplándolo prolijo,
cuando el árabe le dijo:
"*Esto, don Luis, es mi harém.*"

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

Es el harem; allí el árabe
del vulgo envidioso oculta
su más preciado tesoro,
el colmo de su ventura.
Bella mansión de deleites
que sólo el amor ocupa
es el haren donde se hallan,
santuario de la hermosura.
Santuario donde profanos
penetrar no osaron nunca
los ojos de ningún hombre
con la cabeza segura.
Allí están no las esclavas
que ante su señor se turban,
sino las reinas que gozan
con voluntad absoluta.
Las mujeres que a los moros
les place tomar por suyas
cual sus costumbres permiten
y sus leyes no repugnan.
Allí bajo techos de oro
y pabellones de plumas
para el placer se conservan
encantadoras y puras.
Baños de esencias suaves

su bello cuerpo perfuman,
preciosas telas se visten
y dulce son las arrulla.
Negras cautivas las sirven
que por doquier las circundan
para su capricho esclavas,
para su servicio muchas;
jardines tienen abiertos
de frondosidad oscura,
do alegres pájaros trinan,
do frescas fuentes susurran;
do de los árboles altos
la espesa sombra confusa
el aura abrasada, templa,
y el sol entolda y ofusca;
donde en hamacas de seda
muellemente se columpian
del céfiro acariciadas
que en la ojarasca murmura.
Donde en el césped mullido
al son de animada música
en danzas voluptuosas
giran, se trenzan y anudan.
Donde en los huecos que ofrecen
mil artificiales grutas
sus bellos cuentos de fadas
a oir y contar se juntan.
Y allí mientras la tormenta
recia se desgaja en lluvias,
y brilla con el relámpago
y con el trueno retumba,
con lámparas de alabastro
allá en el fondo se alumbran
y con cantares alegres
a la tormenta conjuran.
A una de aquestas mansiones
de artificiosa estructura
alcázar de la belleza
y red del amor, fué en suma
donde el mercader condujo
con gran silencio y mesura

al rico don Luis Tenorio
que su intención no barrunta.
Y en una de estas mansiones,
la más lejana, sin duda,
pero la más ostentosa
que en sus jardines se oculta,
fué donde encontró Tenorio
tal vez para su fortuna
cinco doncellas bellísimas
cual él no las viera nunca
Las veinte y dos primaveras
no cuenta acaso ninguna,
aunque veinte mil hechizos
en cada cual se columbran.
Nación y raza distinta
su forma distinta anuncia
de su belleza el carácter
y el traje diverso que usan.
Gallarda la Georgiana
ostenta medio desnuda
sus académicas formas
su tez sonrosada y húmeda;
mas perezosa la indiana
entre blancas vestiduras
su piel de azabache muestra
sobre un almohadón de pluma.
Los velos de oro que flotan
hasta tocar su cintura,
su triste mirar, su tez
pálida como la luna,
descubren a una italiana,
que aunque mucho disimula
por ver las playas de Nápoles
cambiara cuanto disfruta.
Sus rizos espesos de ébano,
negros ojos que circundan
largas pestañas, sus manos
blancas, redondas, menudas
y su escaso pie que apenas
a sostenerse la ayuda
descubren a una española

aunque su origen oculta.
La dulce voz y el altivo
acento con que pronuncia
y su perfecto contorno
su frente que el ceño anubla
y el cuchillo que colgado
lleva siempre a la cintura
por una celosa griega
dan fácilmente a la última.
Ante estas cinco bellezas
que no conciben confusas
la causa que a un extranjero
hoy traiga a presencia suya
detúvose el mercader,
y así a don Luis que le escucha
con voz resuelta le dijo
que trecho no deja a dudas.
Estas hermosas doncellas,
don Luis, mis esposas son,
no me rehuséis el don
que os quiero hacer de una de ellas.
Yo para mí las guardaba
si enojarme no queréis
elegid la que gustéis
para esposa o para esclava.
Y ved que esto al excusar
me váis a hacer una ofensa
tan solemne y tan inmensa
que jamás la he de olvidar.
Elejid, pues.

D. LUIS. Dios no quiera
que nuestra amistad un día
turbe por desdicha mía
mi resolución postrera.
Una de ellas tomaré
y si, al fin, fuere gustosa
la tomaré por esposa
convirtiéndose a mi fe.
No sé que pueda apreciar
de mejor modo este don.

EL MERC. Ni yo que mi corazón

lo pueda nunca olvidar.
Y aquí, después de un minuto
de meditación profunda,
entre las cinco sultanas
buscó Tenorio la suya.
Tendió su mirada incierta
poco a poco de una en una
y asió al fin de la española
la de las manos menudas.
Ni una palabra ni un gesto
mostróle señal alguna
que del árabe anunciara
ni el gusto, ni la amargura.
Salió del harem en calma,
y al elevarse la luna
por el azul firmamento
alzando montes de espuma,
salió aquella misma noche
del puerto en que se asegura
el barco en que van a Europa
don Luis y la gente suya.
Y el mercader desde el muelle,
con desolación profunda,
por el través de dos lágrimas
que sus pupilas le anublan,
quedó mirando las velas
que en precipitada fuga
se llevan cuanto idolatra,
y amor y amistad le hurtan.
Con ellas parte Zulima,
y el árabe en su hermosura
tenía puestos los ojos...
¡malhaya a Dios su fortuna!

Secretos hay que debían
en el corazón quedar,
y en el corazón ahogarse
para no alzarse jamás.
Fiado en la buena causa
de su generosidad,

su secreto puso el árabe
en las manos del azár;
y la suerte que de todos
se mofa al fin por igual,
atropelló su secreto
de su dicha sin piedad.
Don Luis eligió a Zulima,
la sultana que amó él más,
y con su amigo la bella
los mares cruzando va.
Las amorosas palabras
del sevillano galán,
pronto la harán olvidarse
de su cariño quizá.
Pronto al mirarse señora,
pues nunca pensara tal,
un amo en él, no un amigo,
con desdén recordará.
Pronto al ver que mar y tierra
franco camino la dan,
del rico harem el recinto
como cárcel odiará.
Los bulliciosos placeres
de Europa y su sociedad,
pronto el vacío que esconde
su corazón llenarán.
Tal vez a su fe renuncia,
pues gran tentación será
el interés de su dueño
y el ansia de libertad.
En vano tiendes los ojos
por el espumoso mar;
¿cuál esperanza te queda?
Zulima no volverá.
En vano por las estancias
de tu palacio oriental,
la llamas con voz amante,
ya no te puede escuchar.
En vano sus veinte esclavas
velando en su cuarto están,
como si al fin le pudiera

ella, otra vez habitar.
En vano en tus tristes sueños
contínuo viéndola estás,
que al abrazarla se te huye
su vana sombra fugaz.
En vano ideas contarle
al noble español tu afán,
decirle cuánto la quieres,
pues si él te llega a escuchar.
cual tú de tu hermosa esclava
ya enamorado estará,
y antes perdiera la vida
que volvértela a enviar.
Y aunque por ser como tú
tan generoso y leal,
devolvértela quisiera
no lo llegara a lograr.
Ella es ya libre en España,
la ley la protegerá,
y no ha de querer a esclava
desde señora tornar.
Tal vez al impulso fiero
de este recuerdo fatal,
hasta la fe en que naciste
intentas abandonar.
Y triste y meditabundo
sin reposo y sin solaz,
tu tristeza es tu alimento
y tu esperanza la mar.
Mas, ¡ay!, consúmete aquella,
y esta es tan poca y falaz,
que entre una y otra, por último,
te van a despedazar.

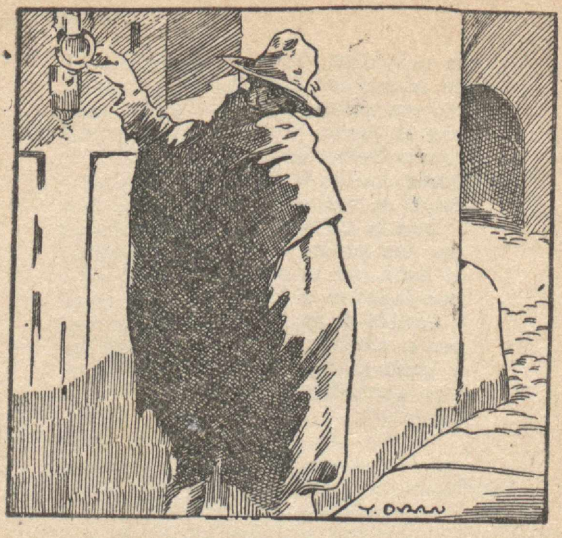
"Vuelve, ¡ay de mí!, purísima gacela
vuelve, vuelve a tu harém de Alejandría
a cuyas puertas desolado vela
quien de tus ojos en la luz vivía.
Si ti, se aogstan mis pintadas flores,
si ti, los ecos lastimeros gimen,

no alegran mi jardín los ruiseñores,
ni brotan mis vistosos surtidores,
que les falta el placer en que se animen.
No están conmigo ya tus compañeras,
¿sin ti qué me valían?
junto a mí, de fastidio se dormían,
y las dí libertad, y se alejaron
como garzas ligeras.
¡No las amé jamás, ni ellas me amaron!
Vuelve Hourí celestial, vuelve conmigo,
y al corazón me volverá la vida:
sin ti, no encuentro caridad ni abrigo
mi riqueza sin ti yace perdida.
¡Ah!, no conocerías si volvieras,
lo que fué tu mansión, que en pocos años
se cambian las ciudades más enteras
y naufragan las naves más veleras,
por los mares extraños.
Mísero y triste lloro
y en abandono y soledad me veo
siempre agitado del fatal deseo
de morir a los pies de quien adora.
¡Malhadada amistad! ¡Dura venida
de quien mi amor robándome, me olvida!
Llanto amargo vertiendo, así decía
el mercader, y así se lamentaba
y su fortuna el infeliz veía,
que al crecer su dolor, se disipaba.
Tales son de la suerte los azares,
el que en fiestas y danzas y cantares,
pasó un tiempo su plácida existencia,
hoy presa del afán y los pesares
la arrastra ya vecino a la indigencia.
Descuidó su comercio en su amargura,
su crédito menguó de día en día,
y sus naves sorbió la mar bravía:
uno tras otro sus amigos viles
en su infortunio al fin le abandonaron
y sus mismos esclavos le robaron,
y sus inmensos bienes
a manos de voraces acreedores

salieron de sus ricos almacenes.
La carcoma inmortal de su tristeza
minó su corazón, y la amargura
trastornó su razón en su cabeza,
y el árabe infeliz dió en la locura.
Su palacio y su harén pasó a otras manos
y el que opulento y poderoso un día
asombró con su lujo a Alejandría
escarnio fué tal vez de los villanos.
En vano el infeliz días y noches
de su antigua mansión en los umbrales,
lamentando pasó como un mendigo
sus duelos y sus males,
no salió de una reja a los cristales
su cuita a consolar un solo amigo.
Y flaco, y vacilante y macilento
estaba el mercader como una sombra
al pie de la pared del aposento
donde otro tiempo holló morisca alfombra,
y do imperando resonó su acento.
Y así un día pasó tras otro día,
y año pasó tras año,
y probó cada día un desengaño,
hasta que el pobre de vergüenza huraño
huyó de Alejandría.
En una noche oscura, aunque serena,
solo y a lento paso,
se hundió en el mar de requemada arena,
del árido desierto de la Libia,
donde sólo el zarzal vegeta escaso.
Y en su lejana soledad ardiente
perdiéndose su sombra poco a poco,
su memoria olvidó la ingrata gente
y a hablar no se volvió del pobre loco.

Cinco años pasado habían:
Don Luis en fortuna próspera
de su extendido comercio
los frutos en calma goza.
Vive en Sevilla y en ella

en rico palacio mora
do la más alta nobleza
con sus visitas le honra:
vive en Sevilla, y con él
aquella Zulima hermosa
que a nuestra fe convertida
con él se casó y le adora.
Dejó el turbante de esclava
por una nupcial corona,
el harén por el palacio,
por Jesucristo a Mahoma.
Cambió el nombre de Zulima
por el nombre de Heliodora,
y quien en Asia fué esclava
vino a mandar en Europa.



Es una noche sombría
y una callejuela corva,
que acaba de San Francisco
en la plaza y desemboca.
Y aunque no está aquella noche
avanzada en altas horas,
las calles tiene desiertas
el recio viento que sopla.
Las rejas están cerradas
en torno la plaza toda,
de modo que ni una luz
rasga la neblina lóbrega.
Sólo en los anchos balcones
de una casa grande y sola,
los cristales ilumiran
mil clarísimas antorchas.
Oyese música dentro
y al compás de bulliciosa
danza retiemblan los vidrios
a pesar de las alfombras.

A través de ellos, de lejos
se alcanzan tumultuosas,
las sombras de los que danzan
ir pasando unas tras otras:
una ilusión produciendo
tan fantástica y diabólica,
que desvanece los ojos
y el corazón acongoja.
En esta casa y al son
de esta música sonora,
que en quien la habita supone
placer, opulencia y gloria,
a lentos pasos un hombre
que las desdichas agobian,
en el portal penetrando
a la cancela se asoma.
Fatigado y macilento
envuelve mal su persona,
en harapos que rechazan
hasta el título de ropa.
Su frente erguida otro tiempo
hoy hacia la tierra encorva,
y bien se ve que a la tierra
la humillación se la dobla.
Y sus tostadas mejillas,
su mirada melancólica,
la voz que del pecho arranca
ronquecida y fatigosa,
bien a las claras demuestran
el dolor, que le destroza
el corazón donde hierven
sus penas harto recónditas.
Llamó a la puerta en voz baja:
y en voz amenazadora,
¿quién va?, respondió un portero
que los dados abandona.
—¿Vive esta casa, y perdona,
don Luis Tenorio?
—Aquí mora.
¿Qué quiere?
—Hablarle un momento.

—¿Vos?
—Sí.
—¿Vos, lo que no logran
los nobles al mediodía
queréis lograr a estas horas?
¡Bah!, y ahora que está cenando;
¡pues no faltaba otra cosa!
—Hacedlo por Dios, amigo,
que no ha de pesaros.
—¡Oiga!,
traerá visita del rey
el pordiosero!... ¡Malhora
para vos, idos, buen hombre,
que el tiempo no está de sobra.
—Por cuanto amais en la tierra
y por más que os sea incómoda
mi exigencia, id a vuestro amo
a decir que una persona
que ha atravesado, buscándole,
las montañas y las olas,
quiere tan sólo traerle
un amigo a la memoria.
—¡Es también amigo suyo!,
voto a San Gil, que me enoja
tanta insolencia. ¡Ea!, tome,
y agradezca la limosna.
Y así diciendo el portero
una moneda le arroja,
y las espaldas le vuelve
dando un portazo de cólera.
Quedó el miserable solo
con el carmín de la honra
sobre la faz, y en los párpados,
de llanto amargo, dos gotas.

Despechado e indeciso,
un momento devorólas
como pudo, y de ira trémulo
la faz y la vista torva,
dejó la casa diciendo:

"Maldita sea la hora
en que conocí tu nombre,
y oí la voz de tu boca."
Y en el atrio de una iglesia
que halló a aquella casa próxima,
tendióse desesperado
hasta la vecina aurora.
Llorando pasó harto tiempo
males y desdichas propias,
mas el cansancio rindióle:
y poco a poco en las losas
dejó tomar a sus miembros
posición menos incómoda,
hasta que en brazos del sueño
perdió sentido y memoria.

En esto al atrio subiendo
dos personas embozadas
tiraron de las espadas,
furiosa lid emprendiendo.
Duró la riña un instante,
cayó sin un ¡ay! el uno,
y en un callejón moruno
entróse el otro adelante.
Y ni despertó el mendigo,
ni se aproximó un curioso,
ni duelo tan misterioso
tuvo padrino o testigo.
Allí uno de ellos quedó,
y aunque en las sombras incierto,
que de un golpe quedó muerto
bien el alba lo mostró.

Esta asomó entre arreboles
de púrpura, como siempre,
para el dichoso y el triste
brillando indistintamente.
Lo hacía apenas el sol
cuando a la voz de "¡cogerle!",
"¡matarle!", "¡villano!", "¡infame!",
los ojos abrió el inerme

mendigo, que vió al abrirlos
confuso tropel de gente
que en su redor se apiñaba
aunque la razón no entiende.
Cruzaron al fin la turba
de la justicia lebreles
con sus varas en la mano,
y el tribunal en los dientes;
amenazando prisiones
y olfateando a los pobretes,
por si faltan los culpados
que no falten penitentes.
Y asiendo del miserable,
a quien dicen ¡ese! ¡ese!,
con ira le demandaron,
mas sin que él los comprendiese.
—¿Quién mató a ese hombre?
—Y de un muerto
pusiéronle frente a frente.
—No le conozco, repuso
el hombre con calma viéndole.
—¿Pues cómo estabais con él?
—Si dádole hubiera muerte
no me quedara a su lado.
"Y aquí irritada la plebe,
¡niega, gritó, que le maten!,
todos lo han visto. ¡Prendedle!"
En vano tendió los brazos
que le escuchasen pidiéndoles.
En vano a la resistencia
quiso apelar muchas veces,
tenían le bien asido
de los brazos los corchetes:
Y habían ido llegando
del difunto los parientes
por él pidiendo justicia,
iracundos como sierpes.
Apenas muchos soldados
bastaron a contenerles,
y algunas manos lograron
llegar hasta el delincuente.

Mas aunque bien su persona
de la multitud defienden,
asióle uno de la capa
andrajosa en que se envuelve,
y con ímpetu tirando
rasgósela de tal suerte,
que vieron todos los ojos
que bajo de ella mantiene
revuelto calzón morisco,
y jubón con puntas verdes.
¡Moro!, exclamaron al punto,
y acreciendo doblemente
se hizo el tumulto más fiero
por moro al reconocerle.
Abriéronse los ventanas,
las puertas y los canceles,
toda Sevilla por ellos
asomándose por verle.
Para gritar los muchachos
a los pilares subiéndose
y en los puestos y casetas
empinándose la gente.
Hubo sartas de insolencias,
y diluvio de moquetes
codazos y pisotones
y sangrías de alfileres,
hasta que al fin por la plaza
con lanzones y broqueles
entraron por varias calles
a son de clarín, jinetes.
Y despejando la chusma
lograron a solas verse
con el difunto sus deudos
y el reo con los corchetes.
En esto don Luis Tenorio
que a su balcón salió a verles
bajo él al pasar el preso
gritó a la justicia: "¡Ténganse!":
"¿Qué quiere el señor Tenorio?"
preguntó un juez descubriéndose.
—¡Justicia!

—Y en qué servirle
aquí la justicia puede.
—En dar libertad a ese hombre
que por Dios que está inocente:
—Ved lo que hablais.
—Está dicho,
el asesino no es ese.
—¿Pues quién es?
—Yo, y me delato.
Que suban, pues, a prenderme.
Yo maté anoche a ese hombre
por ocultos intereses.
Enmudecieron de asombro
los que se hallaban presentes
unos a otros mirándose
sin decidirse a creerle.
Los parientes del difunto
por poderoso temiéndole
y admirándole en silencio
por generoso los jueces.
En esto bajó a la calle
don Luis, y camino abriéndose
hasta el reo, desatóle
con un abrazo diciéndole:
Subid, buen moro, a mi casa
y dejad que a mí me lleven
en vuestro lugaf ahora,
que yo sabré defenderme.
Tendióle el moro los brazos
sin saber qué responderle,
llamándole amigo suyo,
y estrechándole cien veces.
Lloraba al ver tal escena
enternecida la gente,
y por la plaza reinaba
triste silencio solemne,
cuando a interrumpirle vino
otro impensado accidente.
Un caballero embozado
que estuvo de cerca oyéndoles
sobre el semblante el sombrero

y el embozo hasta las sienes.
En medio de la justicia
presentóse de repente.
Desembozóse con brío
y con voz serena y fuerte
dijo: "Yo soy el que buscan,
los demás son inocentes."
Yo maté anoche a don Tello,
testigos hay, que si quieren,
dirán que salir nos vieron
para reñir juntamente.
Nadie dará de esos dos
con la ocasión de su muerte,
y yo daré tales señas
que duda en ella no deje.
Señores, idos con Dios
que si obrasteis noblemente
no es justo que a pagar vayais
lo que a mí me pertenece.
Y así diciendo y la espada
de su cinto desciñéndose,
a manos de la justicia
se dió como delincuente.
Quedaron todos atonitos,
y la justicia y la plebe
sin concebirlo admiraban
en silencio y justamente
en don Luis lo generoso,
y en el otro lo valiente.
Y viendo tal hidalguía
en ambos a dos los jueces
teniendo en don Luis el crimen
por falsedad evidente
dieron su casa por cárcel
y con su palabra fuéronse.
Subieron los tres a ella
y los soldados volviéndose
volvió a llenarse la plaza
con los ociosos de siempre.
¿Qué más te importa saber
de este cuento? ¡oh buen lector!

Los abrazos que Tenorio
al de Alejandría dió,
del comerciante de Oriente
la magnífica oración,
el asombro del incógnito
que a don Tello Arias mató,
de Zulima, hoy Heliodora,
el consiguiente rubor
al encontrar otra vez
al dueño que abandonó,
y las dos mil zarandajas
con que imberbe historiador
emborronara papel
y cansara tu atención,
no son medios que acomodan
a mi actual pésimo humor,
para dar a mi leyenda
competente conclusión.
Basta que sepas que a ruegos
de Tenorio se indultó
del difunto Tello Arias
al bizarro matador:
el cual a don Luis Tenorio
con fina amistad pagó
la vida que le debía,
rendido a tan gran favor.
Que el Arabe, convencido
de que la fe en que vivió
la borrasca no calmaba
de su triste corazón,
a las aguas del Bautismo
su calva frente dobló,
al sacro puerto acogiéndose
de la santa religión.
Confesó que era Mahoma
un impúdico impostor
y en lugar de las Houríes
los ángeles adoró.
Don Luis le dió por esposa
a su hermana doña Sol
con la mitad de su hacienda

y el tesoro de su honor.
Vivió feliz cuantos años
la existencia le duró,
y aquí concluye mi historia
¡oh carísimo lector!
Sólo me resta decirte
que presto se acomodó,
a las costumbres de Europa
y convino en que es mejor
que tener cincuenta esclavas
que maldicen su opresión,
tener una mujer sola
con cariño y con honor.
Y es más cómoda una cama
que el más mullido almohadón,
donde se quedan las piernas
en el suelo y sin calor.
Y es mejor dormir en ella
del vino la exaltación,
en deliciosos ensueños
de pasajero vapor:
que comer maíz en tortas
y el alcuzcuz y el arroz,
y emborracharse con opio
trepando luego a un balcón,
para excitar en la mente
delirio fascinador.
Que al cabo ataca los nervios
y obscurece la razón,
y torna a los hombres locos
o necios, que es lo peor.

Con eso, lector, si hasta ahora
gratos mis cuentos te son,
Dios me lo premie en el cielo,
demándemelo si no.
Con que si te placen cómpralos,
y con la ayuda de Dios,
haremos cuanto pudiéremos
entre el editor y yo.

FIN DE "DOS HOMBRES GENEROSOS"

EL MONTERO DE ESPINOSA

Lector, si haces memoria,
y mis leyendas, por fortuna mía,
has leído algún día,
recordarás la historia
de una linda francesa
que a Burgos traje para ser condesa.
De ella te voy a hablar, pues aunque entrada
en el séptimo lustro de su vida,
todavía era hermosa, y muy querida,
y de gente cabal galanteada.
Francesa fué, por consiguiente a España,
si no enemiga, a la verdad extraña.
Que aunque es la patria tan abstracta cosa
que a gozarla jamás ninguno llega,
allá a su modo cada cual la juega
cuál la ve para sí más ventajosa.
El más pobre mendigo
en su miseria por lo menos quiere
de su patria el amor llevar consigo,
aunque sea no más para testigo
de que en su patria de miseria muere.
Esto es por lo que atañe al buen patriota,
que en cuanto al extranjero
los derechos de tal bizarro acota,
do encuentra al ciudadano don dinero;
mucho entonces de fe y de patriotismo
y al punto que lo atrapa,
oro y patriota caen en un abismo
donde, por Dios, que no darán con ellos

los mismísimos monjes de la Trapa
con oración, conjuro, ni exorcismo.
Y en cuanto a nuestra España y los franceses,
bien claro la experiencia nos lo habla,
lo poco que a sus garras defendimos
lo salvamos a nado en una tabla.
Mas porque no imagines que lo dicho
es hijo ¡oh buen lector! de algún capricho,
voy a contarte, pues aquí interesa,
lo que hizo en su condado de Castilla
madre del conde actual, la tal francesa.
Lee, pues, y considera claramente
lo que ha sido y será por mientras dure
en nuestra España la extranjera gente.
Y permite de paso
que te advierta, lector, que de nosotros
esto mismo y aun más dirán acaso,
y no sé yo si con razón, los otros.
Pero tal es el mundo, y es un hecho,
que cuando muchos a la par pleitean
por despechadas que sus causas sean
todos se creen con el mejor derecho.
Pero basta por Dios de digresiones,
y entremos en materia,
que el caso es grave y nuestra historia seria.

Gobernaba con próspera fortuna
en Castilla el leal Sancho García,
atropellando audaz la media luna
do quier que al campo por su mal salía.
Acechaban los moros sus fronteras
como tigres hambrientos;
y vían desde lejos sus banderas
libres flotando al soplo de los vientos,
y en la sangre teñidas
de sus haces vencidas.
A merced de estos lances venturosos
todo era gozo, y dicha, y bienandanza,
por cuanto el linde de Castilla alcanza.
Mas ¡cuánto son precarios y engañosos

los augurios del bien de la esperanza,
y cuanto ¡ay Dios! las dichas terrenales
expuestas al impulso de los males,
y sujetas a cambio y a mudanza!
Oigamos, para prueba incontestable,
lo que una noche hablaban a una reja
un paje de don Sancho y una amable
y hermosa dama que de amor le escucha
plática dulce con paciencia mucha;
y las palabras nos dirán de "Estrella"
lo que ignoraba aún "Sancho Montero",
que aquel era, lector, el nombre de ella,
y este el nombre también del caballero.

ESTRELLA. Pues bien, Sancho, ya que celos
me pides con tal furor,
fuerza es aclarar tu error.
¡Perdónenmelo los cielos!,
un hombre me dices que entra
de noche por mi ventana
y sale muy de mañana;
causa tu furor encuentra
para irritarse, es así;
entra en mi aposento un hombre,
pero que entre, no te asombre,
Sancho, que no entra por mí.

S. MONT. ¿Pues cómo, mujer liviana,
si la verdad no contestas,
he de creer tus protestas
cuando es tuya la ventana?

ESTRELLA. Montero, vamos despacio,
que aunque la ventana es mía,
ni de noche ni de día
vivo yo sola en palacio.
Y no pongas en un potro
tu discurso, buen Montero,
por donde entras tú primero
puede después entrar otro;
y según, Sancho, a mi cita
vienes, el parque asaltando,
puede estar otro aguardando
hora para otra visita.

S. MONT. Todo eso está bien, Estrella,
¡que los hombres somos dos
ya lo veo, voto a Dios:
mas si tú no, ¿quién es ella?
ESTRELLA. Secreto debiera ser
ese nombre, mas Montero,
si tú lo quieres...
S. MONT. Lo quiero.
ESTRELLA. Secreto lo has de tener,
y ni en tu última hora
lo digas ni al confesor.
S. MONT. Lo juro.
ESTRELLA. Pues de tu error
es la causa mi señora.
S. MONT. ¿La condesa?
ESTRELLA. La condesa.
S. MONT. ¿La madre de don García?
Tú mientes.
ESTRELLA. ¡Por vida mía!,
que así me tratéis me pesa.
Considerad, señor Sancho,
que aun cuando yo lo negara,
con mi palabra bastara,
y aún os viniera muy ancho.
S. MONT. Perdóname, dulce Estrella,
lo osado por lo celoso,
que me es en verdad penoso
pensar tal infamia en ella,
que a fe que mal corresponde
a quien en desmán tamaño,
si no por su propio daño,
por honra de su hijo el Conde.
El querer de una doncella
si es casto, el amor lo escuda,
mas ella, condesa, y viuda,
pide más recato, Estrella.
Y está en la ley prevenido:
si el hijo ha de gobernar,
la madre no ha de tomar
en su gobierno marido.
ESTRELLA. ¡Ay, Sancho, que tú no alcanzas

lo que su amor me atribula,
porque es un amor que anula
aun sus mismas esperanzas!

S. MONT. Estrella, no te comprendo.

ESTRELLA. Pues óyeme Sancho, bien,
y el cielo me olvide, amén,
cuanto mal estoy haciendo.
Yo por servirla no más
y por velar su deshonra,
estoy prendiendo mi honra
en un cabello quizás.
Yo por contentar su afán
presto, protegiendo a ese hombre,
con mi aposento mi nombre
y corre por mi galán.
Mas no es esto, Sancho mío,
lo que el alma me atormenta,
que yo ayudara contenta
de una amiga un desvarío.
Mas yo arriesgo mi decoro
y arrostro, Sancho, tus celos,
¿y por quién abogo? ¡cielos!,
¿por quién, Sancho?, por un moro.

S. MONT. Estrella, ¿te has vuelto loca?
¿Moro dices?

ESTRELLA. ¡Ay de mí!
ojalá no fuera así
lo que te dice mi boca.
Ese Muza embajador
del rey moro de Sevilla,
es el galán.

S. MONT. ¡Qué mancilla
para dama de su honor!
¡Un moro!, por Dios, Estrella,
que al conde lo he de contar.

ESTRELLA. Nos vas Montero a matar.

S. MONT. ¡Ay! ¿quién te ganó por ella?
¡Quién puso en tu pensamiento
tan villana aberración?
¿Quién puso en tu corazón
tan torpe consentimiento?

ESTRELLA. ¡Quién más que mi desventura!
me acogió desde mi infancia
y desque vi.o de Francia
no la he concebido impura.
No tengo madre, Montero,
y ella de tal me sirvió,
¿negarla pudiera yo
lo que hizo por mí primero?
Supo ella nuestro amor antes,
y velándolo a su hijo
—obrad prudentes me dijo,
y sed dichosos amantes—.
S. MONT. ¡Fatal complacencia fué!
Mas ya es tarde, hasta mañana.
Dios quiera que tu ventana
grave pesar no nos dé.
Y partiendo el caballero
cerró sus vidrios la bella,
siguiendo al través su huella
por un torcido sendero.

Está la noche tranquila
aunque embozada la luna,
y encapotado como ella
está junto al parque Muza.
En pardo alquicel envuelta
su conocida figura,
y bajo el casco escondida
su cabeza (que a la turbia
luz de una pálida estrella
conocería sin duda
el más topo en el turbante
si en él la llevara oculta),
la seña impaciente aguarda,
que le harán para que suba
las manos de quien espera
asir amante las suyas.
De arriba a abajo pasea,
pero con tanta cordura
que ni sus pasos se sienten

ni de una a otra esquina cruza.
Sólo su amor le acompaña,
y sólo su amor segunda
con su audacia y con su alfanje
de una mujer la locura.
Locura, sí, porque es mengua
y rabia causa y angustia
que así en el cieno se arrastre
dama de tan noble cuna.
Locura si porque vela
detrás de la colgadura
de su balcón la condesa,
que de tardanza le acusa.
Con gran cautela a los vidrios
(que no es extremada nunca)
continuamente se asoma
de que ha de venir segura.
Y entre la luz y los vidrios
pasando, mientras calcula
el tiempo que huye, su sombra
sobre el cristal se dibuja.
Y en los iguales períodos
con que aparece y se ofusca
se ve bien que se pasea
tal vez sin paciencia mucha.
Por fin, tornando a asomarse
acaso vió lo que busca,
porque cerró la ventana
con golpe que prisa anuncia.
Faltó al punto la luz de ella
y apareció en la segunda
ventana, que está sin rejas,
más abajo de la suya.
Sonó una palmada a poco,
y como está a poca altura,
fácil halló la subida
el enamorado Muza.
Mas presto a bajar volviera
si alcanzara por ventura
a ver que un hombre aparece
en el punto en que él se oculta.

Sí, guarecido en lo espeso
de la oscuridad nocturna,
a la ventana se acerca
de otro hombre la sombra muda.
Sombra que avanza despacio,
pero con planta segura,
como quien sabe la tierra
por donde camina a oscuras.
Al eco de sus pisadas,
con desolación profunda,
una mujer sacó a medias
la cara, que el miedo turba.
A cuyo punto el que viene
con voz al caso oportuna
dijo, y en tono intermedio
de afirmativa y pregunta:

S. MONT. Estrella.

ESTRELLA. ¡Sancho!

S. MONT. ¡Silencio!

ESTRELLA. Por Dios, Sancho, disimula
si es que nas visto...

S. MONT. Todo, Estrella.
y estáme ahogando la furia.

ESTRELLA. ¡Por Dios, Sancho!

S. MONT. Nada temas.
No con fuerza, con industria
espero cortar los hilos
que tal escándalo anudan.
¿Por quién te pondrás, Estrella,
por ella o por mí?

ESTRELLA. ¿Eso dudas?,
la vida diera gustosa
con una palabra tuya.

S. MONT. Pues bien, Estrella, si me amas
y si confianza alguna
te inspira la idolatría
que mi pasión te tributa;
en vez de guardar la reja
de una s.rpresa importuna,
guarda la puerta a su cuarto,
y cuanto digan escucha.

Yo respondo de que nadie
por reja ni escala suba,
con tal de que me repitas
sus palabras una a una.

ESTRELLA. Y qué te importa.

S. MONT. Va en ello,
Estrella, nuestra ventura.

ESTRELLA. Enhorabuena.

S. MONT. Ya tardas.

ESTRELLA. Guárdame, pues.

S. MONT. Pues escucha.

Quedó junto a la ventana
Montero de centinela,
y junto a la cerradura
se puso a escuchar Estrella.
Abajo, Montero, inmóvil,
permanece en las tinieblas,
y arriba, por los resquicios,
ella la vista endereza.
El, allá abajo, inmutable
como una estatua de piedra:
ella, allá arriba, con ansia,
toda arrobada de atenta.
Mas como oír la permite
la bien encajada puerta,
y poco pasó a su vista
de la cerradura estrecha.
Mas mucho puede un deseo
en cuyo logro interesa
grave peligro o bien grave
quien firmemente desea.
Así que al par aplicando
con oportuna destreza
ya el ojo para mirar,
ya para escuchar la oreja,
logró entender, si no cuanto
su curiosidad quisiera,
cuanto basta a quien importa
para que todo lo entienda.

Y las frases que a pedazos
hasta su escondite llegan
con algunas adiciones
o supresiones, son estas.

CONDESA. ¿No hay otro medio?

MUZA. No hay otro.
Mientras él viva, condesa,
prendida tenemos ambos
en un hilo la existencia.
Mi amor para ti es sin freno,
te adoro, sultana bella,
y si en decidirte tardas,
sin ti me parto a mi tierra.
No puedo más en Castilla
permanecer sin sospecha,
pues concluí mi embajada
y va a encenderse la guerra.
Mi rey en Córdoba tiene
gente mucha y muy resuelta,
que vendrá a poner de Burgos
la corona en tu cabeza.
¿Qué me respondes?, decídete;
dentro de tu casa mesma
tú vives tiranizada,
obedeces y no reinas.
Privada de los placeres,
de los saraos y las fiestas,
por viuda al llanto y al luto
las costumbres te condenan.
Eres hermosa y amante,
¿por qué has de pasar por sierva
donde, si quieres, mañana
puedes mandar como reina?
Así nuestro amor logrado,
ventajas logrará inmensas
tu condado de Castilla:
pues en paz con sus fronteras,
tus pueblos tendrán tranquilos
la paz que con ansia anhelan.
Calló aquí el moro, y tras grave
meditación, la condesa,

como quien duda en lo que habla,
repuso de esta manera:

CONDESA. ¿A qué ocultarlo, buen moro?
demasiado lo confiesan
las lágrimas de mis ojos,
y las voces de mi lengua.
Yo te amo: poco a mis ansias
la corona es de condesa;
para ceñirla a tus sienes
ansiara imperial diadema.
Pero si yo abro de Burgos
a tus árabes las puertas
¿cómo reinar en castilla
a no conquistarla entera?
¿Cómo estarán los cristianos
sumisos a quien los venda?
No, harán para rebelarse
un fuerte de cada piedra.
Tu rey querrá en la conquista
llevarse la mejor presa,
y si es una infamia todo,
huir es la más pequeña.

MUZA. ¿Huir, sultana?, ¿qué dices?
¿adónde, infeliz, huyeras,
que esclava no te contaras,
si no te contaras muerta?
¡Huir! ¿Acaso por miedo
de que traidora te hicieran
a una patria que no es tuya,
pues no naciste en ella?
¿Ignoras que esos villanos
que ante tu faz se prosternan
maldicen allá a sus solas
tu noble cuna francesa?

CONDESA ¡Esclavos!
MUZA. Sí, esclavos tuyos,
puesto que ellos son tu herencia,
y venderlos y comprarlos
justo es que a tu antojo puedas.

CONDESA. Sí, justo sería, ¡oh Muza!,
mas muy arriesgado fuera

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

tal intentar, porque al cabo
¡quién sabe el fin de una guerra!
si no hay más medio.

MUZA. ¡Ah sultana!,
más que tus ángeles bella,
más necesaria a mi vida
que el sol y el agua a la tierra,
aquí a tus plantas de hinojos
te juro, las manos puestas
sobre el corazón, que en vano
mi alma en huirte se esfuerza.
Es separarme de ti
llevarme a una muerte cierta:
Luz de mis ojos el mundo
sin ellos está en tinieblas:
sin freno es esta pasión,
te adoro, sultana bella,
y si en decidirte tardas,
morir sin ti será fuerza.

CONDESA. ¡Ah, no, muramos entrambos!

MUZA. ¿Y el conde?

CONDESA. En Burgos se queda.

MUZA. ¿Y quién de él si te reclama
nos salva?

CONDESA. ¡Maldito sea!
Callaron ambos un punto,
y a poco rato en voz trémula,
dijo el moro, como quien
prenda involuntaria suelta.

MUZA. Si al cabo...

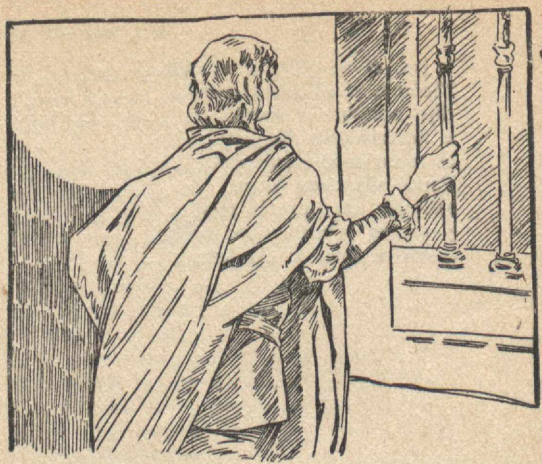
CONDESA. ¿Qué?

MUZA. En este pomo
supremo licor se encierra
que sirve sin más peligro
a quien le usa con destreza...

CONDESA. A ver.

MUZA. De un modo adormece,
y usado de otra manera...
A estas palabras oyóse
tras de la cerrada puerta,
inesperado ruido,

y tras él de golpe abriéndola:
"Señora, el alba despunta",
dijo apresurada Estrella,
e interrumpida la plática
el moro salió siguiéndola.
Partió silencioso Muza
saltando otra vez la reja,
y con el pomo en las manos
quedó a solas la condesa.



Iba a rayar el sol en el Oriente:
y la serena luz de la mañana
teñía suavemente
con brillantes matices de oro y grana
la diáfana extensión del horizonte:
la claridad tendiendo mansamente
por las laderas del lejano monte.
En un balcón que a los jardines mira
del palacio de Burgos en que mora,
sombría y melancólica suspira
la que en tiempo mejor fué su señora.
Ella es, sí, la condesa doña Blanca
que a impulsos de secreto sentimiento
hondos suspiros de su pecho arranca,
y de sus labios los arranca el viento.
Bella matrona, por la edad no ajada,
aún muestra cuanto fué su edad primera
en gracia y hermosura aventajada:
aún brilla en sus miradas, hechicera,
la luz de la pasión, y aun a despecho
del pesar que la acosa
tiñen su bello rostro peregrino,
y sus torneados hombros y alto pecho,

el color del jazmín y de la rosa,
que envidia dieran al pincel de Urbino.
Hermosa, sí, se ostenta todavía
a pesar de la nube que encapota
su frente melancólica y sombría.
Sus miradas en tierra distraída
fija, sin ver lo que delante tiene,
y en turba al parecer descolorida
pasan por su memoria sus ideas
tardas en paso y en contorno feas.
Encendidos sus párpados, parece
que romper a llorar tal vez ansían,
y pálido el carmín que antes tenían
sus labios, que el amor ora enardece,
muestra, por Dios (y ciegos lo verían)
lo que su inquieto corazón padece.
A veces frunce receloso el ceño
cual si oculto terror la amedrentara,
y a veces gime, cual si horrible ensueño
su apesarado espíritu acosara.
A veces, reteniendo en su garganta
el conturbado aliento,
agitado su pecho se levanta
cual mar que turba desigual el viento.
Y a veces tenuemente respirando
toda la fiebre ahogando, que la agita
en sueño dulce, misterioso y blando
tranquilamente al parecer dormita:
todo en ella por fin está mostrando
que grave asunto con afán medita,
y que si acaso la razón le asiste
prestarla fe su corazón resiste.
Largo tiempo pasó de esta manera,
hasta que, al fin, saliendo de repente
de su enajenación, rápidamente
formó sin duda decisión postrera,
y al punto se quitó de la vidriera.
Falsa sonrisa en derredor vagaba
de sus fruncidos labios al quitarse
y siniestra su faz amedrentaba,
amarga su expresión de contemplarse:

y con prudente voz llamando a Estrella
y a sus palabras dando astuto giro,
exhalando un suspiro,
plática tal enderezó con ella.

CONDESA. Mucho te he amado siempre, Estrella mía,
mis secretos más graves
siempre mi corazón del tuyo fía,
que de mi corazón tienes las llaves.
Que me sirvas espero,
leal, correspondiendo a mi cariño
en un negocio, que encargarte quiero.

ESTRELLA. Vuestra, señora, soy, y ya os he dicho
en otras empeñadas ocasiones
que ley es para mí vuestro capricho,
y los antojos vuestros son razones.

CONDESA. Oyeme, pues, Estrella,
que cosa es que me importa
y tiene ejecución fácil y corta.
El conde, mi buen hijo don García
secreto mal padece
que descuidado más de día en día,
de día en día con peligro acrece.
Apuré las razones
los argumentos agoté del todo
para hacerle tomar una bebida
que puede sólo resguardar su vida,
y de usarla con él no encuentro modo.
Un solo medio veo solamente:
tómela de tu mano incautamente.

ESTRELLA. ¡De mi mano, señora!

CONDESA. Si, por cierto;
él cree que es un secreto su dolencia
que juramos guardar en la conciencia
los médicos y yo, que la sabemos,
y sólo de nosotros se recela
que a su pesar curársela queremos,
y es inútil contigo su cautela.
¿Qué dices?

ESTRELLA. Yo, señora...

CONDESA. Desconfías
de su madre tal vez? Mujer ingrata,

¿no le he llevado en las entrañas mías?,
por sospecha tan ruin ¡viven los cielos!
que inaudito castigo merecías.

ESTRELLA. ¡Oh!, perdón, mi señora la condesa,
calmad vuestros enojos;
que en ocasión tan grave
la duda es natural en quien no sabe.
Mas hablad, disponed, toda soy vuestra,
huérfana y pobre me ofrecí en la infancia
para sólo serviros, y de entonces
fuisteis mi madre vos, vos mi maest..

CONDESA. Pues bien, que sea hoy mismo me interesa.

ESTRELLA. Mas la ocasión...

CONDESA. Muy fácil: en la mesa.
Yo el exilir derramaré en su copa,
tú se la servirás cuando la pida
y de este modo le darás la vida.

ESTRELLA. ¿Yo se la he de servir...?

CONDESA. Seguramente.
Que la beba es de ti nuestra fortuna,
mas sin señal de inteligencia alguna
con mano firme y con serena frente.
¿Entiendes?

ESTRELLA. Será así.

CONDESA. Pues así sea,
y ayúdame a acostar Estrella ahora,
y cierra ese balcón porque no sea
de una noche de amor puerta traidora.

ESTRELLA. Cierro, y tranquila reposad, señora.
Y al vecino aposento
salió Estrella obediente,
mas, ¡ay! que no avezada al fingimiento
trémula fué, y el rostro macilento
a dar en un sillón lánguidamente:
y en su errante mirada
veíase en verdad su afán interno
y su pavura al crimen retratada.
Meditó largo tiempo silenciosa
inmóvil e indecisa
hasta que vaga y singular sonrisa
que la excitó una idea generosa

tendió sus labios, y avivó su prisa.
Abrió una puerta, pues, con mucho tiento
y por una excusada escalerilla
cabo a poner a su secreto intento
en la antesala dió del aposento
de don García, conde de Castilla.
Su paje favorito allí velaba;
sí, allí Montero a la sazón se hallaba
y a la llegada de su amante Estrella
en un sillón de roble dormitaba,
mas despertóse al percibir su huella.
"¡Hermosa!, dijo, y la tendió los brazos,
mas ella, suavemente,
esquivando sus lazos
peligrosos tal vez: rápidamente
con voz turbada, y con prudencia mucha
apartóle diciendo: "Sancho, escucha."
Hízolo Sancho así, y al ir oyendo
lo que ella en baja voz le iba diciendo,
notábase más claro a cada instante
que el fuego del furor iba subiendo
desde su corazón a su semblante.
"¡Bien!", dijo el mozo al concluir Estrella:
"vete tranquila que estaré presente";
y a punto tal tornándose la bella
por la misma escalera donde vino,
tornóse a su sillón tranquilamente
Montero, y a cumplir con su destino.

Y el sol por el firmamento
a largo andar se venía,
cuando llamó soñoliento
desde su oscuro aposento
el conde Sancho García,
Montero, como le oyó,
de la mampara al dintel
atento se presentó,
y tras algo que le habló
cerróse dentro con él.
De la fatiga al quebranto

rendíase al sueño en tanto
en la antecámara Estrella
de su ama; más ¡ay! que de ella
se huía tan dulce encanto.
A vueltas sobre su lecho
con el afán de su pecho,
hasta el aire que aspiraba
la parecía que estaba
emponzoñado y estrecho.
En vano el rostro agitado
del uno y del otro lado
acomoda entre la ropa,
los ojos se la han cerrado
con la imagen de una copa,
y aunque sin luz los mantiene
por mucho que los aferra,
su odioso contorno viene
a dar a sus ojos guerra,
y despechada la tiene.
Por más que en dulces memorias
su mente extraviar procura
y en sazonadas historias,
sus dichas torna ilusorias
la copa de su amargura.
No duerme, no, que al impulso
de un pensamiento cruel,
dentro del cuerpo convulso
se la desborda del pulso
toda su sangre en tropel.
Ideas mil en su mente
que fermentan en montón,
la atormentan fieramente
y siempre el latido siente
del trémulo corazón.
No duerme, no, que en el alma
do la virtud no respira,
la paz del reposo expira
y airado el sueño retira
el bálsamo de la calma.
No duerme, no, la condesa;
que vela desesperada,

de remordimientos presa
siempre anhelando, ¡malvada!,
lo mismo de que la pesa.
La pesa, sí; mas no halla
otro remedio al amor,
que en su corazón batalla,
y lucha contra la valla
de su amancillado honor.
"¡No, dice en su desvarío,
ceder no sabré jamás,
por Dios, que me sobra brío¡
Ven, Muza, y si tú eres mío,
¿qué me importa lo demás?"

Tendamos, lector, un velo
sobre esta infernal pasión,
que de escudriñar me duelo
secretos que puso el cielo
del hombre en el corazón.

Con la sonrisa en los labios
y con la faz cariñosa
sentóse el conde a la mesa
en cuanto llegó la hora.
Con la sonrisa en los labios
aunque con la vista torva,
sentóse a par la condesa
en el lugar que la toca.
El hijo en el puesto bajo,
que aunque lleva la corona,
ante su madre la olvida,
y como a quien es la honra.
La madre en el preferente,
pues aunque parte no toma
del condado en el gobierno
siempre en su casa es señora.
Detrás del conde está Sancho,
que la confianza goza
de su señor, y le sirve

con atención oficiosa.
Tras doña Blanca está Estrella
que es la camarera sola
que la sirve ha largo tiempo
en la mesa y en la alcoba.
Escancia Sancho el licor
al conde con mano pródiga,
y lo hace con la condesa
Estrella con mano sobria.
Bebe el conde cual lo exigen
las fatigas que le agobian,
la condesa cual permite
el decoro en su persona.
El, como hombre que pelea,
caza y medita y trasnocha,
ella, cual madre de príncipes
y como ejemplar matrona.
Aunque larga en las viandas
mesa es en palabras corta,
cosa en quien negocios tiene
de grave interés, muy propia.
Crúzanse, pues, las palabras
interrumpidas y pocas
en tanto que los manjares
el apetito acogotan.
Sancho, dijo de repente
el conde, escancia Borgoña,
que aunque es licor extranjero
deja buen gusto en la boca.
Lo cual la condesa oyendo
intervino presurosa:
Estrella, sírvele al conde,
Sancho, trincha tú esa lonja
que aunque de parte escogida
no tiene punto de sobra.
Palideció un tanto Estrella
asiendo al punto la copa,
y asió del cuchillo Sancho
con mirada escrutadora.
Frunció doña Blanca un poco
los labios que descolora,

ligero matiz morado
señal de temor o cólera,
y don García sereno
con gravedad majestuosa,
fijos los ojos en ella
el vaso llevó a la boca.
Paró el cuchillo Montero
inmóvil sobre la lonja
que dividía, y Estrella
se estremeció de congoja,
en tanto que doña Blanca
con hondísima zozobra
le contemplaba, sus ojos
saltándola de las órbitas;
y en este momento el conde
alargándola la copa,
la dijo con voz tremenda:
"Bebed primero, señora."
—¡Yo!, replicó la condesa
con voz descompuesta y cóncava.
—Vos misma, la dijo el conde
con voz iracunda y bronca.
Postróse Sancho de hinojos
sentencia tan horrorosa
al escuchar; pero en vano,
nada a don García asombra.
De cólera y de venganza
vértigo infernal le acosa,
y todo su ser a su ímpetu
se descompasa y trastorna.
Todo recuerdo calmante
toda intención generosa,
de la indignación a impulsos
del corazón se le borra.
Y con con el brazo extendido
y faz amenazadora,
a la condesa presenta
resueltamente la copa.
—¡Señor!, exclamó Montero,
¡Vasallo! (en voz tronadora
interrumpió don García),

quien por infames aboga
sólo cavar su sepulcro
junto a su sepulcro logra.
Y a la condesa volviéndose
siguió diciendo: señora,
venderle queréis al moro
mi cabeza y mi corona
que con torpeza inaudita
y amor sacrílego compra;
a morir pues disponeos
como liviana y traidora.
—¡Hijo mío!
—No, apartad
tal nombre de la memoria
¡y voto a Dios!, bebed pronto
que mi paciencia se agota.
—Hijo mío, por la santa
esperanza de una gloria...
—Callad y apurad el vaso...
esa es la vuestra y no hay otra.
Y aquí la condesa viendo
que es vana esperanza toda
desesperada y sañuda
contra sí misma se torna.
Radió en su fiero semblante
horrenda expresión diabólica,
relámpago del infierno
que en su corazón aloja;
y con firmeza que fuera
en causa mejor heróica
apuró de un solo trago
la preparada ponzoña.
Cayó sin sentido Estrella,
en oración fervorosa
Sancho encomendó su alma,
y el conde con mano pronta
arrojó contra las tapias
el resto de la ponzoña.
Quedó la condesa un punto
fantasma amedrentadora
frente a don Sancho en silencio,

mas pronto el fatal Borgoña
tendióla en tierra de espaldas
al fin desastrado próxima.

CONCLUSION

Es una noche lóbrega y oscura;
no ilumina la luna el firmamento,
y en la atmósfera impura
densos vapores amontona el viento.
De espesos nubarrones
por su turbado azul lentos avanzan
preñados escuadrones,
que el aire sorbe donde el aire alcanzan.
No corre ni una ráfaga perdida
que temple de la atmósfera el bochorno,
y el aura de la tierra desprendida
exhalada parece de algún borno:
y dijeran que humea
próxima a vomitar la oculta llama
si el relámpago pronto centellea
y el ronco trueno en las alturas brama.
En un balcón que a los jardines mira
del palacio de Burgos, en que mora,
sombrío y melacólico suspira
don García a deshora.
El es; y al recordar de doña Blanca,
su muerta madre, el infernal intento
hondos suspiros de su pecho arranca,
que rechaza tal vez el firmamento.
Y el llanto que en sus párpados se estanca
y el semblante humillado y macilento,
muestran que es ya su bárbara sentencia
carcoma que desgarra su conciencia.
Sus miradas en tierra, distraído
fija, sin ver lo que a sus ojos tiene,
y en confuso tropel descolorido
pasan por su memoria las ideas
tardas en paso y en contorno feas.

A veces frunce, receloso, el ceño
cual si oculto pesar le atormentara,
y a veces gime cual si en negro sueño
fantasma aterrador se le mostrara.
A veces reteniendo en su garganta
el desigual aliento
agitado su pecho levanta
cual mar que en tumbos desordena el viento
Y a veces tenuemente respirando,
resistiendo la fiebre que le agita,
en siniestro delirio divagando
lánguidamente al parecer dormita.
Todo al fin en el conde está mostrando
que grave asunto con afán medita
y se ve que su bárbara sentencia
es el peso que abruma su conciencia.
Muchas veces acaso en su abandono
las leyes invocó que defendía;
razón hallaba en el salvado trono
que su venganza autorizar podía,
pero siempre tras él con fiero encono
salir la sombra de su madre vía
y la ley, la razón y el pensamiento
cedían al tenaz remordimiento.
Mas tendamos, lector, un velo oscuro
sobre este cuadro de venganza y duelo,
que es caso a fe de comentarse duro
que ya ha pesado en su balanza el cielo;
caso, lector (y con verdad lo juro),
cuya razón escudriñar no anhelo,
pues pliegues son del corazón humano
que intenta el hombre penetrar en vano.

Largo tiempo pasó de esta manera
y mucho más el conde así pasara
si por bajo cruzar de su vidriera
misterioso embozado no mirara.
A la rápida luz de los relámpagos
su bulto en las tinieblas perseguía,
los ojos con afán desencajando
si en medio las tinieblas le perdía;

mas siempre hallarle en el jardín rodando
con el nuevo relámpago volvía.
Brotó en su corazón sorda sospecha
y espoleando el honor sus presunciones
pronto entendió que el embozado acecha
de su alcázar o puertas o balcones.
Y a poco seña misteriosa oyendo
por una reja le alcanzó trepando,
y en ira a él encaminóse ardiendo.
Con silenciosa y recatada huella
llegó a la estancia de la hermosa Estrella,
y luz viendo alumbrar la cerradura
la airada vista enderezó por ella.
Mas apenas la línea había cogido
que la abertura con la luz marcaba,
oyó como de gente que lidiaba
dentro del cuarto temeroso ruido.
Entre él y la bujía en un instante
dos cuerpos a la par se interpusieron,
que a poco en bamboleo vacilante
a la par con estrépito cayeron.
Lánzase dentro el irritado conde,
y al ver el sitio donde
la luz prosigue, la afilada punta
les pone de su estoque a la garganta.
Y *¿quién se atreve, vive Dios?*, pregunta.
A cuya voz: *¡Yo soy!*, Sancho responde,
que de ellos solamente se levanta.

El Cond. ¡Qué es esto, Sancho!
S. Mont. Señor,
si es que lo hecho os enoja,
sacadme con esa hoja
el alma que os da el honor.
El Cond. Concluye, Sancho, ese hombre
que tienes muerto a tus pies
bañado en sangre, ¿quién es?
—Muza, señor; no os asombre.
Sin miramiento al decoro
que en vuestra casa se encierra,
contando iría a su tierra

vuestra deshonra ese moro.
Yo le esperé y le maté;
si os culpa su rey, señor,
tratadme como traidor
y entregadme, que yo iré;
pues quiero de mejor gana,
que el moro traidor me llame,
que oirle dar por infame
a una noble castellana.
Tendióle el conde la mano
tal oyendo y replicó:
Sancho, así quisiera yo
todo el pueblo castellano.
¿Cuál es el tuyo

S. MONT. Espinosa.

EL COND. ¿Eres noble?

S. MONT. Hidalgo soy.

EL COND. Tu casa será desde hoy
y tu familia famosa.
Desde hoy serán mis monteros,
y de lealtad por gala
dormirán en mi antesala
sus bizarros caballeros.
Y lléveme Belcebú
si temo a nadie en la tierra,
si en la paz son y en la guerra,
todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria
que de su madre guardó,
excuso decirla yo,
pues te lo dice la historia;
recuerdos hay todavía
que atestiguan opulentos
los muchos remordimientos
del conde Sancho García.
Diré, pues, la sola cosa
que sus recuerdos exigen,
y es que de él tiene origen
los Monteros de Espinosa.

ÍNDICE

Págs.

Prólogo..... 5

Dos hombres generosos..... 9

El Montero de Espinosa..... 51

En el número de LOS POETAS que aparecerá el próximo día 15 se publicará una interesantísima *Antología de poetas argentinos*.

TOMOS PUBLICADOS

1. Campoamor. (Doloras.)
2. Espronceda. (Poesías varias.)
3. Quevedo. (Poesías varias.)
4. Villaespesa. (Poesías varias.)
5. Campoamor. (Pequeños poemas)
6. N. F. de Moratín. (Poesías.)
7. Espronceda. (El Diablo Mundo.)
8. Adelardo L. de Ayala. (Poesías varias.)
9. Zozaya. (Poesías varias.)
10. Fray Luis de León. (Poesías)
11. Manuel Reina. (Poesías varias)
12. Campoamor. (Humorades.)
13. Villaespesa (Poesías varias.)
14. Quintana. (Poesías varias.)
15. Jorge Manrique. (Poesías.)
16. Sassone. (Poesías varias.)
17. Balart. (Dolores y Horizontes.)
18. Verdaguer. (Poesías varias.)
19. Calderón de la Barca. (Poesías varias.)
20. Juan Arolas. (Poesías varias.)
21. Carréré. (Poesías varias.)
22. Santa Teresa de Jesús. (Poesías varias.)
23. Enrique Heine. (Poesías.)
24. Luis de Góngora. (Poesías.)
25. Salvador Rueda. (Poesías.)
26. Antonio F. Grilo. (Poesías.)
27. Garcilaso de la Vega (Poesías)
28. Arturo Reyes. (Poesías varias)
29. J. Nicasio Gallego (Poesías.)
30. San Juan de la Cruz. (Poesías)
31. Antología 1.ª (Zorrilla, Rubén Darío, Gabriel y Galán, etc.)
32. Teodoro Llorente (Poesías.)
33. Luis de Tapia. (Poesías varias.)
34. Espronceda. El Estudiante de Salamanca (Poema.)
35. Antología 2.ª (Bécquer, Alvarez Quintero, Machado, etc. etc.)
36. Samaniego. (Fábulas.)
37. Antología 3.ª (José López Silva, Melitón González, etc., etc.)
38. Diego San José (Poesías varias)
39. Antología 4.ª (Díaz, Mirón, Nervo, Gutierrez Nájera, etc.)
40. Villaespesa (Poesías varias.)
41. Antología 5.ª (Rosalía de Castro, Curros Enríquez, etc.)
42. Lope de Vega. (Poesías varias.)
43. Antología 6.ª (Benavente Répide, Matu, etc.)
44. Alberto Lista. (Poesías varias)
45. Salvador Rueda. (El milagro de América, poema).
46. Antología 7.ª (Carolina Coronado, Concha Espina, etc.)
47. Víctor Hugo. (Poesías varias.)
48. Antología 8.ª (Dicenta, Blasco, Zapata, etc., etc.)
49. Hartzenbusch. (Los Amantes de Teruel, drama.)
50. Quevedo. (Poesías varias.)
51. Antología 9.ª (Querol, Blasco, Ausias March, Labaila etc.)
52. Campoamor. (Poemas.)
53. Antología 9.ª (bis) (Gómez Avellaneda, Martí, etc., etc.)
54. Núñez de Arce. (Poesías.)
55. Antología 10.ª (Alvarez Quintero, Rubén Darío, Zorrilla, Martínez Sierra, Echegaray
56. Bécquer (Prosa y verso.)
57. Antología 11.ª (Jovellanos, Campoamor, etc.)
58. Cervantes (Poesías varias.)
59. Antología 12.ª (Epigramas).
60. Antología 13.ª (Gabriel y Galán, Fray Luis de León, Santa Teresa, etc.)
61. Zorrilla «La Princesa Doña Luz» (Tradición)
62. Luis de Otevza (Poesías varias)
63. Antología 14.ª (Poesías de amor) Rubén Darío, Díez Canedo, Goy de Silva, etc., etc.
64. Tirso de Molina. (El burlador de Sevilla.)
65. Lord Byron (El corsario).
66. Moratín (Poesías varias).
67. Antología 15.ª Eduardo Marquina, Maragall, Balaguer, etc.
68. Antología 16.ª (Poetas franceses
69. Calderón de la Barca. (La vida es sueño.)
70. Antología 17.ª (Cantares)
71. Antología 18.ª (Poesías festivas) Muñoz Seca, Casero, etc.
72. Espronceda. (Poesías varias.)
73. Romancero del Cid.
74. Antología 19.ª (Vicente Medina, J. Selgas, Jara Carrillo, etc.)
75. Moreto. (El desdén con el desdén)
76. Verlaine (Poesías varias).
77. González Anaya. (Poesías varias.)
78. Campoamor. Doloras (2.ª serie
79. Zozaya (Poesías)
80. Luis de Tapia (Poesías.)
81. Iriarte (Fábulas).
82. Ramón de la Cruz (Sainetes).

EX LIBRIS

G 52574

José Zorrilla. — Sus mejores versos.

Poetas